

*M. Devismes*, arcabucero, reconoció ser las pistolas de *M. Granier de Cassagnac* á quien se las vendió, y afirmó que no se sacaron de su casa las pistolas en el día del duelo.

*Juan Petit*, mozo de caballeriza en el sitio del bosque de Bolonia llamado Madrid, oyó los dos tiros. En el intervalo entre uno y otro se hubiera podido contar una, dos, tres. (En la declaracion del sumario habia dicho hasta cuatro.)

Se oyen dos declaraciones semejantes.

*D'Ecquevillez*, titulándose vizconde, capitán al servicio de España, recibió encargo de Beauvallon de pedir esplicaciones á Dujarier relativamente á la jugada de sacanete y á las palabras de Mad. Albert. Dujarier respondió: no sé que pretende ese Granvallon de Beauvallon. Sea: ya enviaré mis testigos. Dejé mi tarjeta y recordando que *M. Dujarier* tuvo intencion de ofender á otra persona, á *M. Roger de Beauvoir*, no creais por esto, añadí, que vengamos con intenciones hostiles; al contrario, son pacíficas.

P. ¿Dijisteis á Beauvallon las palabras inconvenientes de Dujarier?

R. Debíamos decírselas; se debe decir toda la verdad á los que ponen en nuestras manos su confianza.

*El presidente*: No sé si eso será una regla del Código del Duelo, pero lo que sé es que no era un medio de conciliacion dar parte de chanzas que juzgábais inconvenientes. ¿Por qué no os presentásteis ante el juez del sumario? ¿Os fugásteis, acaso?

R. No señor; permanecí en París hasta el 6 de abril.

El testigo continua su relato. Citados los testigos á casa de *M. Arturo Bertrand*, dijo este, despues de algunas observaciones muy cortas; ¡vamos, está bien; se verificará el duelo! En otra cita en casa de *M. Boignes*, mostró este mucha acritud. Tambien afectaba desnaturalizar el nombre de *M. Beauvallon*. Tratóse de las armas: nosotros elegimos la espada, sabiendo que Beauvallon no queria matar á Dujarier; pero se insistió por la pistola.

El testigo dice que entonces se espusieron á los testigos de Dujarier todos los motivos de irritacion de Beauvallon, la deuda del juego, y las palabras de Mad. Albert. A esto se contentaron con responder que Dujarier no habia insultado á Beauvallon, y se rehusó dar esplicacion alguna. *D'Ecquevillez* dió á entender que si no se arregló el lance, fue por causa de los testigos de Dujarier.

—Pero, dice el *presidente*, ¿no os contestaban ellos, estamos prontos á dar excusas, pero al menos, decidnos sobre qué?

*D'Ecquevillez* pretende que la declaracion que habia constar provenir de Beauvallon una provocacion irremediable se convino darla entre todos los testigos para salvar su responsabilidad. Confiesa que dicha declaracion está fuera de lo ordinario, y que no volveria á firmar otra semejante; pero niega que haya sido justificada por una verdadera amenaza de ultrajes. *M. de Beauvallon*, añade, tenia que pasar del papel de provocado al de provocador: pues este era el único medio de obtener una reparacion.

*El fiscal*: Eso es: los testigos lo temian. Vuestra declaracion acrimina á Beauvallon, presentándonosle como provocador.

El testigo añade, que no dejó en casi todo el día á Beauvallon, y que este último no fué á buscar pistolas á casa de *M. Granier de Cassagnac*. El día del duelo, fué Beauvallon á casa del testigo á las ocho, con pistolas, en lugar de las cuales, trató el testigo de persuadirle que aceptase pistolas de arzon. Pregunté á *M. de Beauvallon* si se habia servido de las pistolas que traia, y me dió su palabra de honor de que no. Habiéndomelas entregado, las cargué con pólvora y puse pistones y las disparé; en una palabra; soflamé las dos pistolas en mi cuarto. Cuando llegamos á casa de *M. de Boignes*, propuse mis pistolas de arzon, á lo que contestó aquel; ¿os burlais acaso? Los desafíos son con pistolas de combate. A esto le contesté: tengo pistolas con esas condiciones: han sido compradas en casa de *Devismes* por 700 francos. Si se ha entendido que yo queria decir con esto que eran mias las pistolas, se ha cometido un error grave.

*El presidente*: *M. Arturo Bertrand* y de *Boignes* certifican el hecho. Mas adelante os oyó declarar lo mismo *M. Arnaud*.

*D'Ecquevillez*: Lo entenderian mal. Ademas, cuando se sacan pistolas á la suerte, es igual la partida: el uno tenia las pistolas de su amigo, el otro las de su cuñado.

*El presidente*: Vos dijisteis. Estas pistolas no son conocidas.

*El fiscal*: ¿Creeis que si se hubiera dicho: estas pistolas son las de *M. Granier de Cassagnac*, se hubieran aceptado?

*D'Ecquevillez*: Sin duda alguna.

*M. Berryer*: ¿Por qué no?

El abogado *M. Leon Duval*: Ya os contestaremos.

*El presidente*: ¿Por qué no haber dicho que pertenecian las pistolas á *M. de Cassagnac* puesto que se os decia que las otras pertenecian á *M. Dumas*?

*El testigo*: No pensé que fuera útil mezclar á *M. de Cassagnac* en este asunto. Tenia la palabra de honor de *M. de Beauvallon*.

Continuando *d'Ecquevillez* la narracion de sus pasos, dice que se soflamaron las pistolas en el sitio del duelo, con pólvora y que habiendo permanecido solo con *M. Bertrand*, para cargar las armas, dijo á este último: caballero, es imposible que no ocurra una desgracia con tan buenas armas. Somos dos hombres de honor y Dios sabe lo que va á pasar aquí. Pongamos una quintuple carga, y á la distancia que se hallan colocados los contendientes, pasarán las balas á cincuenta pies por encima de sus cabezas. *M. Bertrand* me respondió, que él opinaba seria menos peligrosa una carga escasa.

P. ¿No os dijo *M. Bertrand* que queria consultar á los otros testigos, y no le contestásteis vos, no hablemos, pues, mas de esto?

R. No señor. No ocurrió mas que lo que llevo dicho. Yo no podia insistir, porque hubiera podido creer que defendia la causa de Beauvallon. Pero estoy convencido de que este último no ha apuntado.